

# EL MANSO Y HUMILDE

## Volumen 1 – Sermón No. 265

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 31 DE JULIO DE 1859,  
POR CHARLES HADDON SPURGEON,  
EN MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS**

***“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga”  
Mateo 11:28-30***

La única frase que he seleccionado para mi texto consiste en estas palabras: "Soy manso y humilde de corazón". Estas palabras pueden ser consideradas como tres aspectos distintos en el contexto. Pueden ser consideradas como la lección a ser enseñada: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón". Una gran lección del Evangelio es enseñarnos a ser mansos, a dejar de lado nuestros espíritus altivos y airados, y a hacernos humildes de corazón. Tal vez este sea el significado del pasaje, que si venimos a la escuela de Cristo, Él nos enseñará la más difícil de todas las lecciones, cómo ser mansos y humildes de corazón.

Además, otros expositores podrían considerar que esta frase significa que ese es el único Espíritu en el que un hombre puede aprender de Jesús, el Espíritu que es necesario si queremos llegar a ser eruditos de Cristo. No podemos aprender nada, ni siquiera de Cristo mismo, mientras mantengamos nuestras cabezas en alto con orgullo, o nos exaltemos con confianza en nosotros mismos. Debemos ser mansos y humildes de corazón; de lo contrario, somos totalmente incapaces de ser enseñados por Cristo.

Los vasos vacíos pueden llenarse, pero los vasos que ya están llenos no pueden recibir más. El hombre que conoce su propio vacío puede recibir de Cristo abundancia de conocimiento, de sabiduría y de gracia, pero el que se gloria en sí mismo no está en condiciones de recibir nada de Dios.

No me cabe duda de que ambas interpretaciones son verdaderas, y podrían ser confirmadas por la conexión. Es la lección de la escuela de Cristo; es el espíritu de los discípulos de Cristo. Pero yo elijo, más bien, esta mañana, considerar estas palabras como un elogio del propio Maestro. "Venid a mí y aprended, porque soy manso y humilde de corazón". Tanto como decir: "Yo puedo enseñar, y no os será difícil aprender de mí".

De hecho, el tema del discurso de esta mañana es brevemente este, el carácter manso y amable de Cristo debe ser un alto y poderoso incentivo para que los pecadores vengan a Cristo.

Me propongo usarlo así, en primer lugar, notando las dos cualidades que Cristo reclama aquí para Sí mismo. Él es "manso", y luego es "humilde de corazón", y después de que hayamos observado estas dos cosas, llegaré a la conclusión. Venid a él todos los que estáis fatigados y cargados; venid a él y llevad su yugo, porque es manso y humilde de corazón.

I. Primero, entonces, voy a considerar **la primera cualidad que Jesucristo reclama**. Él declara que es "manso".

Cristo no es un egoísta, no se alaba a sí mismo. Si alguna vez pronuncia una palabra de autoelogio, no es con ese objetivo, sino con otro propósito, es decir, para atraer a las almas hacia Él. Aquí, para exhibir esta mansedumbre, tendré que hablar de Él de varias maneras.

1. En primer lugar, Cristo es manso, en contraposición a la ferocidad de espíritu que manifiestan los fanáticos e intolerantes. Tomemos, como ejemplo destacado de lo contrario a la mansedumbre, al falso profeta Mahoma. La fuerza de su causa reside en el hecho de que no es manso. Se presenta ante aquellos a los que reclama como discípulos y dice: "Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí; porque no soy manso ni humilde de corazón, no tendré paciencia con vosotros, está mi credo o está la cimitarra, la muerte o la conversión, lo que queráis".

En el momento en que la religión mahometana retiró ese argumento tan contundente de la decapitación o empalamiento, se quedó en su labor de conversión y nunca progresó, pues la propia fuerza del falso profeta reside en la ausencia de toda mansedumbre.

¡Qué opuesto es esto a Cristo! Aunque tiene derecho a exigir el amor y la fe del hombre, no viene al mundo a exigirlo con fuego y espada. Su poder es la persuasión, su fuerza es la tranquila tolerancia y la paciente resistencia, su fuerza más poderosa es la dulce atracción de la compasión y el amor. Él no sabe nada de las feroces huestes de Mahoma, nos pide que no saquemos nuestra espada para propagar la fe, sino que dice: "Guarda tu espada en su vaina; los que tomen la espada perecerán por la espada". "Mi reino no es de este mundo, si no, mis siervos podrían luchar".

Es más, Mahoma no es el único ejemplo que podemos traer, pero incluso los hombres buenos están sujetos a los mismos errores. Se imaginan que la religión debe ser difundida por el terror y el trueno. Miren al propio Juan, el más encantador de todos los discípulos, que llamaría al fuego del cielo sobre un pueblo de samaritanos porque rechazaban a Cristo.

Escuchad su polémica pregunta: "¿Quieres que mandemos bajar fuego del cielo y los consuma?".

Los discípulos de Cristo eran para Él algo así como los hijos de Sarvia para David, pues cuando Simei se burló de David, los hijos de Sarvia dijeron: "¿Por qué ha de maldecir este perro muerto a mi señor, el rey? Pero David dijo mansamente: "¿Qué tengo yo que ver con vosotros, hijos de Sarvia?" Tenía algo del espíritu de su Maestro, sabía que su honor no debía ser defendido entonces por la espada o la lanza.

¡Oh, bendito Jesús! No tienes furia en Tu espíritu, cuando los hombres te rechazaron, no desenfundaste la espada para golpear, sino que, por el contrario, entregaste Tus ojos al llanto. Contemplad a vuestro Salvador, discípulos, y ved si no era manso. Había predicado durante mucho tiempo en Jerusalén sin resultado, y por fin sabía que estaban dispuestos a darle muerte, pero ¿qué dijo cuando, de pie en la cima de la colina, contempló la ciudad que había rechazado su Evangelio? ¿Invocó una maldición sobre ella? ¿Permitió que una palabra de ira saltara de su ardiente corazón?

¡Ah! no, había llamas, pero eran las del amor. Había gotas hirvientes, pero eran las del dolor. Contempló la ciudad, y lloró sobre ella y dijo: "Oh Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas, y no quisisteis".

Y para una prueba más de la ausencia de toda falta de caridad, obsérvese que incluso cuando le clavaron los clavos en sus benditas manos, no tuvo ninguna maldición que lanzar sobre ellas, sino que su exclamación de muerte fue, "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen".

Oh, pecadores, ¿veis qué Cristo es el que os pedimos que sirváis? No es un intolerante enojado, no es un guerrero feroz que reclama tu fe renuente, es un Jesús tierno. Tu rechazo a Él ha hecho que Sus entrañas se conmuevan por ti, y aunque aborrezcas Su Evangelio, Él ha suplicado por ti, diciendo: "Déjalo en paz todavía un año más, hasta que excave en él; tal vez todavía pueda dar fruto". ¡Qué maestro tan paciente es Él! Oh, ¿no le servirás?

2. Pero la idea no se pone de manifiesto plenamente a menos que tomemos otro sentido. Hay una severidad que no puede ser condenada. Un hombre cristiano se sentirá a menudo llamado a dar el más solemne y severo testimonio contra el error de su tiempo, pero la misión de Cristo, aunque ciertamente testificó contra el pecado de su tiempo, tenía una referencia mucho mayor a la salvación de las almas de los hombres.

Para mostrar la idea que tengo en mi mente, que aún no he sacado a la luz, debo imaginar a Elías. ¡Qué hombre era! Su misión era ser el audaz e inquebrantable defensor del derecho, y

dar un testimonio constante contra la maldad de su época. ¡Y con qué audacia habló! Míralo, ¡qué grandiosa es la imagen! ¿No pueden imaginarlo en aquel día memorable, cuando se encontró con Acab, y éste le dijo: "¿Me has encontrado, oh enemigo mío?" Fíjate en la poderosa respuesta que le dio Elías, mientras el rey temblaba ante sus palabras.

O mejor aún, ¿pueden imaginarse la escena cuando Elías dijo: "Tomen dos novillos, sacerdotes, y construyan un altar, y vean hoy si Dios es Dios o Baal es Dios"? ¿Lo ves mientras se burla de los adoradores de Baal, y con una ironía mordaz les dice: "Gritad, porque es un dios"? ¿Y le veis en la última gran escena, cuando el fuego ha bajado del cielo, y ha consumido el sacrificio, y ha lamido el agua, y ha quemado el altar? ¿Le oyes gritar: "Coged a los profetas de Baal; que no escape ninguno"? ¿Lo ves, con su poderío, despedazándolos junto al arroyo, y haciendo de su carne un festín para las aves del cielo?

Ahora, no pueden imaginarse a Cristo en la misma posición. Tenía las cualidades severas de Elías, pero las mantuvo, por así decirlo, detrás, como un trueno dormido que todavía no debe despertar y alzar su voz. Hubo algunos estruendos de la tempestad, es cierto, cuando habló tan severamente a los saduceos, a los escribas, y a los fariseos, esas aflicciones eran como murmullos de una tormenta distante, pero era una tormenta distante, mientras que Elías vivía en medio del propio torbellino, y no era una pequeña y tranquila voz, sino que era como el propio fuego de Dios, y como el carro en el que subió al cielo, un carro adecuado para un hombre tan ardiente.

Cristo está aquí en un marcado contraste. Imagínatelo en una posición parecida a la de Elías con Acab. Jesús se queda solo con una mujer adúltera. Ella ha sido sorprendida en el acto mismo. Sus acusadores están presentes, listos para testificar contra ella. Por una simple sentencia, vació la sala de todos los testigos, convencidos por su conciencia, todos se retiran.

¿Y ahora qué dice Cristo? La mujer podría haber levantado los ojos, y haberle mirado y dicho: "¿Me has encontrado, oh enemigo mío?", pues podría haber considerado a Cristo como el enemigo de un pecado tan bajo como el que había cometido contra su lecho matrimonial. Pero en lugar de eso, Jesús dijo: "¿Nadie te condena? Ni yo te condeno; vete y no peques más".

¡Oh, qué diferente de la severidad de Elías! Pecadores, si tuviera que predicar a Elías como vuestro Salvador, sentiría que tengo una dura tarea, pues podríais echarme en cara: "¿Vendremos a Elías? Él llamará fuego del cielo sobre nosotros, como lo hizo sobre los capitanes y sus cincuenta. ¿Vendremos a Elías? Seguramente nos matará, porque hemos sido como los profetas de Baal".

Aún más, pecadores, les pido que vengan a Cristo. Vengan a Él, que, aunque odiaba el pecado más de lo que Elías podía hacerlo, sin embargo, amaba al pecador; que, aunque no

perdonaba la iniquidad, perdonaba a los transgresores, y no tiene más palabras que las del amor, y la misericordia, y la paz y el consuelo, para aquellos de ustedes que ahora vengan y pongan su confianza en Él.

Debo hacer una advertencia. Estoy muy lejos de imputar, por un solo momento, cualquier culpa a Elías. Tenía toda la razón. Nadie más que Elías podría haber cumplido la misión que le encomendó su Maestro. Tenía que ser todo lo que era, y ciertamente no menos severo, pero Elías no fue enviado para ser un Salvador, era bastante incapaz de eso. Fue enviado para administrar una severa reprimenda. Era la lengua de hierro de Dios para amenazar, no la lengua de plata de Dios para la misericordia.

Ahora, Jesús es la lengua de plata de la gracia. Pecadores, oigan las dulces campanas que suenan cuando Jesús los invita a venir a él: "Vengan a mí todos los que están cansados y cargados", porque no soy severo, no soy duro, no soy el Elías que mata el fuego, soy el Jesús manso, tierno y de corazón humilde".

3. Cristo es manso de corazón. Para mostrar esta cualidad bajo otra luz, recuerden a Moisés. Moisés fue el más manso de los hombres y, sin embargo, Cristo supera con creces a Moisés en su mansedumbre. Alrededor de Moisés parece haber un cerco, un anillo de fuego. El carácter de Moisés es como el Monte Sinaí, tiene límites establecidos a su alrededor, de modo que uno no puede acercarse a él. Moisés no era una persona accesible, era callado y manso, y tierno, pero había una majestuosidad sagrada sobre el Rey en Jesurún que cerraba su camino, de modo que no podemos imaginar que la gente se familiarizara con él.

¿Quién ha leído que Moisés se sentó en un pozo y habló con una ramera como la mujer de Samaria? ¿Quién ha oído hablar de una Magdalena que lavó los pies a Moisés? ¿Se puede concebir a Moisés comiendo pan con un pecador, o pasando bajo un sicómoro y llamando a Zaqueo, el publicano ladrón, e indicándole que baje?

Hay una especie de majestuosidad majestuosa en Moisés, no una mera afectación de estar solo, sino una soledad de valor superior. Los hombres lo miraban como a una montaña coronada de nubes, y desesperaban de poder entrar en el círculo elevado, dentro del cual podrían haber comulgado con él. Moisés tenía siempre en espíritu lo que antes tenía en muestra visible, tenía una gloria alrededor de su frente, y antes de poder conversar con los hombres debía llevar un velo, pues no podían soportar mirar el rostro de Moisés.

Pero ¡qué diferente es Jesús! Él es un hombre entre los hombres, dondequiera que vaya, nadie tiene miedo de hablar con Él. Apenas te encuentras con alguien que no se atreva a acercarse a Él. Hay una pobre mujer, es cierto, que tiene el flujo, y teme acercarse a Él, porque es ceremonialmente impura, pero incluso ella puede venir detrás de Él en el lagar y tocar el

borde de Su manto, y la virtud sale de Él.

Nadie tenía miedo de Jesús. Las madres llevaban a sus bebés a Él, ¿quién ha oído hablar de que hicieran eso a Moisés? ¿Algún bebé recibió la bendición de Moisés? Pero Jesús era todo mansedumbre: el hombre accesible, que festejaba con los invitados a las bodas, se sentaba con los pecadores, conversaba con los impuros y los inmundos, tocaba al leproso y se sentía como en casa con todos los hombres.

Pecadores, a éste es a quien los invitamos, a este hombre hogareño, a Cristo. No a Moisés, pues podrían decir: "Tiene cuernos de luz, y cómo me acercaré a su majestuosidad; es la perfección brillante; los mismos relámpagos del Sinaí descansan sobre su frente". Pero, pecadores, ustedes no pueden decir eso de Cristo. Él es tan santo como Moisés, tan grande y mucho más grande, pero todavía es tan hogareño que ustedes pueden acercarse a Él.

Hijitos, podéis poner vuestra confianza en Él. Podéis decir vuestra pequeña oración,

***"Dulce Jesús, manso y suave,  
mírame a mí, un niño pequeño;  
compadécete de mi sencillez,  
Permíteme venir a Ti"***

Él no los rechazará, ni pensará que se han entrometido en Él. Ustedes, ramera, borrachos, comensales, invitados a las bodas, todos pueden venir, "Este hombre recibe a los pecadores, y come con ellos". Él es "manso y humilde de corazón". Eso da, creo, un sentido aún más completo y amplio al término "manso".

4. Pero, aun así, para llevar el término un poco más allá. Cristo en la tierra fue un rey, pero no había nada en Él de la pompa exclusiva de los reyes, que excluye a la gente común de su sociedad.

Mira al rey oriental Asuero, sentado en su trono. Es considerado por su pueblo como un ser superior. Nadie puede entrar al rey a menos que sea llamado. Si se aventura a pasar el círculo, los guardias lo matarán, a menos que el rey extienda el cetro de oro. Incluso Ester, su amada esposa, tiene miedo de acercarse, y debe poner su vida en la mano, si llega a la presencia del rey sin ser llamada.

Cristo es un rey, pero ¿dónde está su pompa? ¿Dónde está el portero que guarda su puerta y aparta a los pobres? ¿Dónde están los soldados que cabalgan a ambos lados de Su carro para proteger al monarca de la mirada de la pobreza? ¡Mira a tu Rey, oh Sión! Él viene. Viene con pompa real. ¡Mira, Judá, mira cómo viene tu Rey!

¿Pero cómo viene Él? "Manso y humilde, montado en un asno y en un pollino, potro de asno". ¿Y quiénes son sus acompañantes? Mira, los niños pequeños, niños y niñas. Gritan: "¡Hosanna! ¡Hosanna! ¡Hosanna!" ¿Y quiénes son los que lo esperan? Sus pobres discípulos. Arrancan las ramas de los árboles, arrojan sus vestidos a la calle, y allí cabalga Él: el Rey real de Judá. Sus cortesanos son los pobres. Su pompa es el tributo que los corazones agradecidos se deleitan en ofrecer.

Oh, pecadores, ¿no quieren venir a Cristo? No hay nada en Él que los retenga. No es necesario que digan, como lo hizo Ester en el pasado, "entraré al rey, si perezco, perezco". ¡Ven y sé bienvenido! ¡Ven y sé bienvenido! Cristo está más dispuesto a recibirte que tú a venir a Él. ¡Ven al Rey! "¿Cuál es tu petición y cuál es tu solicitud? Se te hará".

Si te mantienes alejado, no es porque Él cierre la puerta, es porque no quieres venir. Ven, sucio, desnudo, harapiento, pobre, perdido, arruinado, ven, tal como eres. Aquí está Él, como una fuente abierta libremente para todos los que vienen. "El que quiera, que venga y tome del agua de la vida libremente".

5. Sólo les daré un cuadro más para exponer la mansedumbre de Cristo, y creo que no habré completado la historia sin él. La ausencia de todo egoísmo en el carácter de Cristo es un ingrediente de esta preciosa cualidad de Su mansedumbre.

Recuerda la historia de Jonás. Jonás es enviado a profetizar contra Nínive, pero es egoísta. No quiere ir porque no obtendrá ningún honor con ello. No quiere hacer un viaje tan largo por un precio tan bajo. No irá. Tomará un barco e irá a Tarsis. Es arrojado al mar, tragado por un pez y vomitado por éste en tierra firme. Se va a Nínive, y no faltando valor, recorre sus calles, gritando: "Todavía cuarenta días, y Nínive será destruida".

El grito de un solo hombre conmueve a la ciudad de un extremo a otro. El rey proclama un ayuno, el pueblo se lamenta en tela de saco y confiesa sus pecados. Dios les envía noticias de misericordia, y son perdonados. ¿Pero qué hará Jonás? Oh, no lo digáis, cielos, que nadie lo oiga, que jamás un profeta de Dios pudo hacer algo semejante. Se sienta y se enfada con Dios. Pero, ¿por qué su enojo? Porque, dice, "Dios no ha destruido esa ciudad". Si Dios hubiera destruido la ciudad, él habría gritado sobre las ruinas, porque su reputación habría estado a salvo, pero ahora que la ciudad se ha salvado, y su propia reputación de profeta se ha visto empañada, tiene que sentarse con ira.

Pero Cristo es todo lo contrario. Pecadores. Cristo truena a veces contra ustedes, pero siempre es para llevarlos al arrepentimiento. Él toma el clamor de Jonás, y lo pronuncia mucho más poderosamente de lo que Jonás pudo hacerlo, Él les advierte que hay un fuego que nunca

puede ser apagado, y un gusano que no muere, pero si se vuelven a Él, ¿se sentará y se enojará? ¡Oh! no, creo que lo veo. Allí venís, pobres pródigos, vuestro padre cae sobre vuestro cuello y os besa, y sois aceptados, y se hace un festín.

Aquí viene el hermano mayor, Jesús. ¿Qué dice Él? ¿Está enfadado porque te has salvado? ¡Ah! ¡no! "Padre mío", dice Él, "mis hermanos menores han vuelto todos a casa y los amo, compartirán mis honores, se sentarán en mi trono, compartirán mi cielo". "Donde yo esté, allí estarán ellos también". Los llevaré a la unión conmigo, y como ellos han desperdiciado su herencia, todo lo que yo tengo será de ellos para siempre.

Oh! vuelve a casa, pródigo, no hay hermano enojado ni padre enojado. Vuelve, vuelve, hermano mío, hermano errante, te invito, pues Jesús se alegra de recibirte. ¿No ves, entonces, que la mansedumbre de Cristo es una dulce y bendita razón por la que debemos venir a Él?

## II. La segunda virtud que Cristo reclama para sí es **la humildad de corazón**.

Cuando miré este pasaje en el original, me pregunté cómo fue que Cristo encontró una palabra tan dulce para expresar su significado, pues los griegos no saben mucho acerca de la humildad, y no tienen una palabra muy buena para expresar esta idea de humildad de corazón. Me parece que, si este pasaje estuviera en otra conexión, la palabra podría incluso interpretarse como "degradado, rebajado," pues los griegos pensaban que, si un hombre era humilde, se degradaba a sí mismo; que, si se rebajaba, se degradaba a sí mismo.

"Bueno", dice Cristo, "si así lo crees, que así sea", y toma la palabra. La palabra significa "cerca del suelo". Así es el corazón de Cristo. No podemos ser tan bajos que Él no se rebaje para alcanzarnos. Me gustaría exponer la humildad del corazón de Cristo de esta manera. Cristo es "humilde de corazón", es decir, está dispuesto a recibir al pecador más pobre del mundo. El fariseo pensaba que el guardián de la puerta del cielo sólo admitiría a los ricos y no a los pobres.

Recuerda la enseñanza de Cristo. En cierta ocasión llegaron dos a la puerta; uno estaba vestido de púrpura y de lino fino, y vivía suntuosamente todos los días; llamó, y pensó que con toda seguridad debía entrar, pero "en el infierno alzó los ojos estando en tormentos". Llegó otro, llevado en alas de ángel. Era un mendigo, al que los perros habían lamido sus numerosas llagas, y no tuvo ni que llamar a la puerta, pues los ángeles lo llevaron directamente al centro mismo del paraíso, y lo depositaron en el seno de Abraham.

Jesucristo está dispuesto a recibir a los mendigos en su seno. Los reyes, ya lo sabes, son condescendientes cuando permiten que incluso los ricos sean presentados ante ellos, y el beso de la mano de un monarca es algo muy maravilloso en verdad, pero recibir los besos de Sus labios, que es el Rey de reyes, no es algo extraño para los hombres que tiemblan en harapos,



o que están enfermos en camas miserables, en áticos sucios.

Cristo es "humilde de corazón", va con lo que los hombres llaman el rebaño vulgar, no tiene nada de realeza influida; tiene una realeza más noble que esa, la realeza que es demasiado imponente para pensar en un rebajarse, que sólo puede medirse por su propia excelencia intrínseca, y no por su posición oficial. Recibe a los más bajos, a los más mezquinos, a los más viles, porque es "humilde de corazón".

Si tengo entre mi congregación a algunos de los más pobres entre los pobres, que se acerquen a Cristo, y que no se imaginen que su pobreza tiene que retenerlos. Siempre me complace ver a varias mujeres del asilo vecino. Bendigo a Dios porque hay algunas en el hospicio que están dispuestas a venir, y aunque a veces se han visto sometidas a un pequeño inconveniente al hacerlo, sin embargo, he sabido que antes renuncian a su cena que a venir a escuchar la Palabra. Que Dios bendiga a las mujeres del asilo, y que sean llevadas a Cristo, porque Él es manso y humilde de corazón, y no las rechazará.

Debo confesar también que me gusta ver un blusón aquí y allá en medio de la congregación. ¡Oh! qué misericordia, que en el palacio del Gran Rey se encuentren estos obreros, estos blusones. Serán hechos partícipes del reino de Dios. Él no hace diferencia entre el príncipe y el indigente, Él lleva a los hombres al cielo tan fácilmente desde la casa de trabajo como desde el palacio.

Además, esta humildad de corazón en Cristo le lleva a recibir para sí tanto a los más ignorantes como a los doctos. Sé que a veces a los pobres ignorantes se les mete en la cabeza la idea de que no pueden ser salvos, porque no saben leer y no saben mucho. A veces, especialmente en los pueblos del campo, he recibido esta respuesta cuando he preguntado algo sobre la religión personal. "Bueno, usted sabe, señor, que nunca tuve ningún aprendizaje". Oh, pero ustedes, los indoctos, ¿es esta una razón para que se alejen de Aquel que es humilde de corazón?

Se dijo de un antiguo filósofo griego que escribió sobre su puerta: "Sólo los doctos pueden entrar aquí". Pero Cristo, por el contrario, escribe sobre su puerta: "El que es sencillo, que entre aquí". Hay muchos grandes hombres con largas asas en sus nombres que saben poco del Evangelio, mientras que algunos de los pobres iletrados deletrean todo el secreto, y se convierten en perfectos maestros en la divinidad.

Si tuvieran títulos quienes los merecen, los diplomas deberían ser transferidos a menudo, y otorgados a quienes sostienen el mango del arado o trabajan en el banco del carpintero, pues a menudo hay más divinidad en el dedo meñique de un arador que en todo el cuerpo de algunos de nuestros divinos modernos. "¿No entienden la divinidad?", dirás. Sí, en la letra

de la misma, pero en cuanto al espíritu y la vida de la misma, D.D. a menudo significa doblemente destituido.

La humildad de Cristo puede verse claramente desde otro punto de vista. No sólo está dispuesto a recibir a los pobres y a los ignorantes, sino que también está siempre dispuesto a recibir a los hombres, a pesar de la vileza de sus caracteres. Algunos maestros pueden inclinarse, y además con libertad, ante los pobres y los ignorantes, pero no pueden inclinarse ante los malvados. Creo que todos hemos sentido una dificultad en este sentido. "Por muy pobre que sea un hombre, o por muy poco que sepa", decís, "no me importa hablar con él y tratar de hacerle bien, pero no puedo hablar con un hombre que es un pícaro o un vagabundo, o con una mujer que ha perdido su carácter". Sé que no puedes, hay muchas cosas que Cristo hizo y que nosotros no podemos hacer.

Nosotros, que somos los siervos de Cristo, hemos intentado trazar una línea donde el deber tiene su límite. Como el sirviente doméstico en alguna mansión señorial que no se rebaja a un empleo servil. Estamos por encima de nuestro trabajo. Somos tan exigentes que no podemos ir tras el principal de los pecadores y el más vil de los viles. No es así, Cristo. "Recibe a los pecadores y come con ellos". Él, en los días de Su carne, se familiarizó con los marginados. Los buscó para poder salvarlos, entró en sus casas, se abrió camino en los barrios bajos, como algún diligente oficial de la policía, estuvo dispuesto a alojarse donde ellos se alojaban, a comer en su mesa, y a asociarse con su clase para descubrirlos.

Su misión era buscar y salvar. ¡Oh, véanlo de pie con los brazos abiertos! ¿Ese ladrón, que es justamente ejecutado por sus crímenes, será reconocido por Él? Sí, lo hará. Allí, con sus brazos extendidos, cuelga, el ladrón vuela como si fuera a su pecho, y Jesús le da un abrazo muy bendito. "Hoy estarás conmigo en el Paraíso". Cristo ha recibido al ladrón con el corazón y los brazos abiertos también.

Y ahí está María. ¿La ves? Está lavando los pies de Jesús. Vaya, es un mal personaje, una de las peores mujeres de la ciudad. ¿Qué dirá Cristo? ¿Dirá? Oigan cómo le habla a Simón, el piadoso y reputado fariseo. Dice Él, después de poner la parábola relativa a los dos deudores: "¿Quién de ellos lo amará más?" Y luego explica que a esta mujer se le ha perdonado mucho, y por eso lo ama mucho. "Tus pecados, que son muchos, están todos perdonados", dice Él, y ella sigue su camino en paz.

Hay muchos hombres que ni tú ni yo nos dignaríamos a notar, a los que Cristo llevará al cielo finalmente, porque Él es "humilde de corazón". Él toma lo más bajo, lo más vil, la escoria, la suciedad, la basura del mundo, y de tales cosas y materias construye un templo santo, y recoge para sí mismo trofeos para su honor y alabanza.

Y, además, mientras hablo de la humildad del corazón de Cristo, debo señalar otra cosa. Tal vez alguien esté diciendo aquí: "Oh, señor, no es lo que he sido, en cuanto a mi conducta, lo que me aleja de Cristo, sino que siento que lo que soy en cuanto a mi naturaleza me restringe, soy tan tonto que nunca aprenderé en Su escuela. Soy tan duro de corazón, que nunca me derretirá, y si me salva, nunca seré digno de que me tenga". Sí, pero Cristo es "humilde de corazón".

Hay algunos grandes orfebres que, por supuesto, sólo pueden pensar en preparar y pulir los diamantes más selectos, pero Jesucristo pule un guijarro común, y hace de él una joya. Los orfebres hacen sus preciosos tesoros de materiales preciosos, Cristo hace sus cosas preciosas de la escoria. Él comienza siempre con material malo.

El palacio de nuestro rey no está hecho de madera de cedro, como el de Salomón, o si está hecho de madera, ciertamente Él ha escogido los árboles más nudosos y las tablas más nudosas con las que construir su morada. Ha tomado para ser Sus eruditos a quienes eran los más grandes incompetentes, así de asombrosa es la humildad del corazón de Cristo. Él se sienta en el formulario con nosotros para enseñarnos el A, B, C del arrepentimiento, y si somos lentos para aprenderlo, Él comienza de nuevo, y nos lleva a través de nuestro alfabeto de nuevo, y si lo olvidamos, Él nos enseñará a menudo nuestras letras de nuevo, pues aunque es capaz de enseñar a los ángeles, condesciende a instruir a los bebés, y mientras avanzamos paso a paso en la literatura celestial, Cristo no está por encima de enseñar los elementos.

Él enseña no sólo en la Universidad y en la escuela de gramática, donde se valoran los altos logros, sino que enseña en la escuela diurna, donde se deben inculcar los elementos y los primeros principios. Es Él quien enseña al pecador, lo que significa el pecador en la convicción profunda, y lo que significa la fe en la seguridad santa. No es sólo Él quien nos lleva a Písga, y nos pide que veamos la tierra prometida, sino que es también Él quien nos lleva al Calvario, y nos hace aprender la más simple de todas las cosas, la sagrada escritura de la cruz.

Él, si se me permite usar tal frase, no sólo nos enseñará a escribir la escritura altamente ornamental del Paraíso del Edén, las letras ricamente doradas e iluminadas de la comunión y el compañerismo, sino que nos enseña a hacer los ganchos de la olla en medio de las perchas del arrepentimiento y la fe.

Comienza por el principio, pues es "manso y humilde de corazón". Venid, pues, vosotros, tontos, necios, venid vosotros, pecadores, viles, venid, vosotros, los más torpes de todos los eruditos, vosotros, pobres, analfabetos, vosotros, que sois rechazados y despreciados por los hombres, venid a Aquel que fue rechazado y despreciado al igual que vosotros. ¡Venid y sed bienvenidos! Cristo os pide que vengáis.

***"No dejes que la conciencia te haga demorar;  
ni que sueñes con la aptitud;  
toda la aptitud que Él requiere,  
es sentir tu necesidad de Él:  
esto es lo que Él te da;  
es el rayo ascendente de su Espíritu".***

Venid, pobres pecadores, venid a un amable Salvador, y nunca os arrepentiréis de haber venido a Él.

III. Habiendo hablado así sobre las dos marcas del carácter de nuestro Señor, me propongo concluir, si Dios me ayuda, golpeando el clavo, clavando la cuña, y presionando sobre ustedes una conclusión de estos argumentos. La conclusión de todo el asunto es ésta, puesto que Cristo es "manso y humilde de corazón", los pecadores vienen a Él.

Acude a Él, entonces, primero, quienquiera que seas, pues Él es "manso y humilde de corazón". Cuando un hombre ha hecho algo malo, y quiere una ayuda para superar su dificultad, si está a punto de emplear a algún abogado para que lo defienda en un tribunal, podría decir: "Oh, no contrates al señor Fulano de Tal por mí, he oído que es un hombre muy duro de corazón, no me gustaría decirle lo que he hecho, y confiar mi caso en sus manos. Manda llamar al señor Fulano, he oído que es muy amable y gentil, que venga a escuchar mi caso, y que dirija los alegatos por mí".

Pecador, tú eres pecador, pero Cristo tiene un corazón muy tierno. Acelera tu camino a la cámara privada de Cristo: tu propio armario de oración. Dile todo lo que has hecho, y Él no te reprenderá; confiesa todos tus pecados, y Él no te reprenderá. Cuéntale todas tus locuras, y no se enojará contigo. Entrégale tu caso, y con una dulce sonrisa te dirá: "He echado tus pecados a mis espaldas, has venido a razonar conmigo, te descubriré un asunto de fe que supera toda razón". "Aunque tus pecados sean como la grana, serán como la lana; aunque sean rojos como el carmesí, serán más blancos que la nieve". Vengan entonces a Cristo, pecadores, porque Él es "manso y humilde de corazón", y puede soportar la narración de sus ofensas.

"Pero señor, soy muy tímido, y no me atrevo a ir". Ah, pero por muy tímido que seas, no debes tenerle miedo. Él conoce tu timidez, y te encontrará con una sonrisa y te dirá: "No temas. Tengan buen ánimo. Cuéntame tu pecado, pon tu confianza en mí, y aún te regocijarás al conocer mi poder para salvar. Ven ahora," dice Él, "ven a Mí de inmediato. No te demores más. No me esfuerzo ni clamo, ni hago oír mi voz en las calles. La caña cascada no la romperé, el pábilo humeante no lo apagaré, sino que traeré el juicio hasta la victoria". Venid, pues, los tímidos a Cristo, porque Él es manso y humilde de corazón.

"Oh", dice uno, "pero estoy desesperado, he estado tanto tiempo bajo el sentido del pecado, que no puedo ir a Cristo". ¡Pobre alma! Él es tan manso y humilde, que, aunque estés desesperado, ten valor ahora, aunque sea como una esperanza perdida para ti, ve a Él. Di, con las palabras del himno,

***"Me acercaré al bondadoso Rey,  
cuyo cetro da el perdón;  
Tal vez Él pueda dirigirme,  
y entonces el suplicante vivirá.***

***"No puedo sino perecer si voy;  
estoy decidido a intentarlo;  
porque si me alejo,  
sé que debo morir para siempre".***

Y puedes añadir esta comfortable reflexión,

***"Pero si muero con misericordia buscada,  
cuando el Rey me haya probado,  
esto sería morir (¡un pensamiento delicioso!)  
como el pecador nunca murió".***

Ven a Él entonces, tímido y desesperado, pues Él es "manso y humilde de corazón". Primero, te pide que te confieses. ¡Qué dulce confesor! Acerca tus labios a su oído y cuéntale todo. Él es "manso y humilde de corazón". No temas. Ninguno de tus pecados puede hacer que se enoje, si sólo los confiesas. Si los guardas en tu corazón, serán como un volcán dormido, y un horno de destrucción que encontrarás hasta el final. Pero confiesa tus pecados, dilo todo, Él es "manso y humilde de corazón". ¡Feliz confesión!, cuando tenemos un confesor así.

Una vez más, Él te pide que confíes en Él, y ¿no puedes confiar en Él? Él es "manso y humilde de corazón". Pecador, confía en Cristo. Nunca hubo un corazón tan tierno como el Suyo, nunca hubo un rostro tan compasivo.

Míralo en el rostro, pobre alma, mientras lo ves morir en el madero, y di: ¿no es ese un rostro en el que cualquier hombre podría confiar? Míralo. ¿Puedes dudar de Él? ¿Desconfiarás de un Redentor como éste? No, Jesús. Eres tan generoso, tan bueno, tan amable. Toma mi causa en tus manos. Tal como soy, vengo a ti. Sálvame, te lo suplico, porque en ti confié.

Y luego, Jesús no sólo les pide que confiesen y crean, sino que les pide que después le sirvan. Y ciertamente, pecadores, esta debería ser una razón para que lo hagan, que Él es tan

"manso y humilde de corazón". Se dice: "Los buenos amos hacen buenos siervos". Qué buenos siervos deberíamos ser ustedes y yo, pues qué buen Señor tenemos. Nunca nos dice una mala palabra. Si algunas veces señala algo que hemos hecho mal, es sólo para nuestro bien. No nos castiga para su beneficio, sino para el nuestro.

¡Pecador! Te pido que no sirvas al dios de este mundo, ese asqueroso demonio que te destruirá después de todos tus servicios. El diablo es tu amo ahora, y has oído el salario que otorga. Pero ven y sirve a Cristo, el manso y humilde, que te dará buen ánimo mientras le sirves, y te dará una bendita recompensa cuando tu trabajo esté terminado.

Y ahora, lo mejor de todo, pecadores, vengan a Cristo. Vengan a Él en todos Sus oficios, pues Él es "manso y humilde de corazón". Pecador, estás enfermo; Cristo es un médico. Si los hombres se han roto un hueso, y están a punto de hacer venir a un cirujano, dicen: "¡Oh! ¿es un hombre de corazón tierno?". Porque hay muchos cirujanos del ejército que quitan una pierna, y nunca piensan en el dolor que están dando. "¿Es un hombre bondadoso?", dice el pobre enfermo, cuando está a punto de ser atado sobre la mesa.

¡Ah! pobre sufridor, Cristo curará tus huesos rotos, y lo hará con dedos suaves. Nunca hubo un toque tan ligero como el de este cirujano celestial. Es un placer incluso ser herido por Él, y mucho más ser curado. Oh, qué bálsamo es el que Él da al pobre corazón sangrante. No temas, nunca hubo un médico como éste. Si Él te da de vez en cuando una píldora y un trago amargos, sin embargo, te dará palabras tan melosas y promesas tan dulces, que lo tragarás todo sin murmurar. Es más, si Él está contigo, puedes incluso tragarte la muerte en la victoria, y nunca sabrás que has muerto porque la victoria te ha quitado el sabor amargo.

Pecador, no sólo estás enfermo, y por eso se te pide que vengas a Él, sino que además estás endeudado, y Él se ofrece a pagar tus deudas, y a saldarlas por completo. Ven, acércate a Él, pues no es duro. Algunos hombres, cuando tienen la intención de liberar a un deudor, primero lo tienen en su oficina, y le dan las más severas reprimendas que pueden: "¡bribón! Te has buscado un montón de problemas, has arruinado a tu familia", y así sucesivamente, y el buen hombre le da algunas amonestaciones muy sólidas, y también muy correctas, hasta que al final dice: "Te dejaré libre esta vez, vamos, te perdono, y espero que no vuelvas a hacerlo".

Pero Cristo es aún mejor que esto. "Ahí está toda tu deuda", dice, "la he clavado en la cruz, pecador, te perdono todo", y ni una sola palabra acusadora sale de Sus labios. Ven entonces a Él.

Temo haber estropeado a mi maestro en la pintura, algo así como el artista que tuvo que representar a alguna bella doncella, y tergiversó tanto sus rasgos que perdió su reputación de belleza. A veces he temido hacer lo mismo, y distorsionar de tal manera el rostro de Cristo, y

no dar la verdadera semejanza de Su carácter, que ustedes no lo amarían.

¡Oh, si pudieran verlo! Si Él pudiera estar aquí por un momento, y decirles que era manso y humilde de corazón. Oh, creo que correrían hacia Él y dirían: "Jesús, venimos, Tú Mesías manso y humilde, sé Tú nuestro todo". No, no vendrían, me equivoco. Si la gracia soberana no los atrajera bajo el sonido del Evangelio, tampoco se convertirían, aunque Cristo se presentara ante ustedes. Pero escuchen ahora el mensaje de ese Evangelio: "Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo; porque el que crea en él, y sea bautizado, será salvo; el que no crea, será condenado".

[EstudiaLaPalabra.org](http://EstudiaLaPalabra.org)